

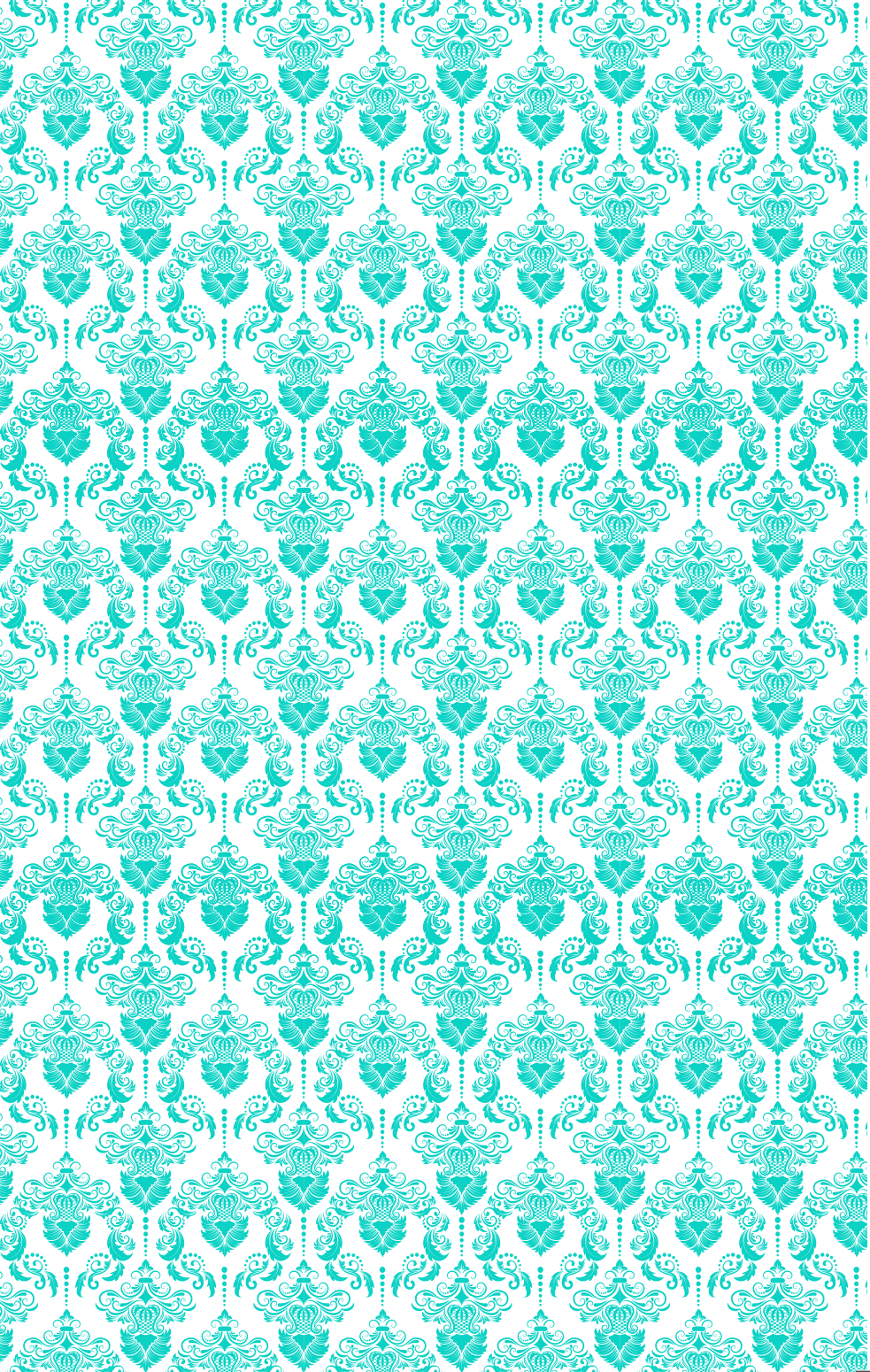
COLECCIÓN
◆ DE POESÍA ◆
HUGO GUTIÉRREZ VEGA

Enrique González Martínez

Poesía selecta



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



**Enrique
González
Martínez**

Poesía selecta

COLECCIÓN
◆ DE POESÍA ◆
HUGO GUTIÉRREZ VEGA



Enrique González Martínez

Poesía selecta



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Itzcóatl Tonatihu Bravo Padilla
Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria



**Programa Universitario
de Fomento a la Lectura**

Primera edición electrónica, 2017

Director de la colección
Hugo Gutiérrez Vega †

Coordinadores de la colección
Marco Antonio Campos
Jorge Souza Jauffred
Lucinda de Gutiérrez Vega †

Autor
Enrique González Martínez

Selección y prólogo
Laura Yadira Munguía Ochoa

D.R. © 2017, Universidad de Guadalajara



**EDITORIAL
UNIVERSITARIA**

Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Noviembre 2017

ISBN 978-607-742-902-9



Este trabajo está autorizado bajo la licencia
Creative Commons Atribución-
NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC
BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede
ser compartido y redistribuido, siempre que el
crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser
mezclado, transformado, construir sobre él ni
utilizado con propósitos comerciales. Para más
detalles consúltese [https://
creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/
deed.es](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es)

Estimado universitario:

Los resultados poco satisfactorios que se han obtenido en las pruebas PISA y ENLACE ponen de manifiesto que los estudiantes de nivel medio y superior en todo el país tienen dificultades con la comprensión lectora. La Universidad de Guadalajara, no ajena a esta realidad, decidió crear desde 2010 el Programa Universitario de Fomento a la Lectura “Letras para volar”.

Este programa promueve el gusto por la lectura a la par que se propone el desarrollo de la competencia lectora en estudiantes de diversos niveles educativos. Esta labor se realiza desde la función sustantiva de extensión en la que prestadores de servicio social de nuestra Casa de Estudio acuden semanalmente a escuelas primarias y secundarias para fomentar el gusto por la lectura, gracias a lo cual un total de 123,598 niños y jóvenes se han visto beneficiados con el programa desde su creación.

Desde las funciones de investigación y docencia, la Universidad de Guadalajara trabaja en favor de los jóvenes de nivel medio y superior para consolidar la competencia lectora y poner al alcance de los estudiantes la lectura, por tanto, hemos invitado a tres universitarios distinguidos a integrarse a este proyecto y seleccionar títulos para las tres colecciones que llevan su nombre:

- Colección Caminante Fernando del Paso
- Colección Hugo Gutiérrez Vega
- Colección Fernando Carlos Vevia Romero

Desarrollar la competencia lectora está no sólo en la base de la educación, sino en el apoyo mismo de lo que somos como sociedad. Leer en la universidad no se debe limitar a los textos escolares; por ello, ponemos a disposición de nuestros jóvenes tirajes masivos para que desarrollen el entusiasmo por la lectura y la incorporen a su vida cotidiana.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla

Rector General

Universidad de Guadalajara

Índice

11	Enrique González Martínez: el búho expectante
19	Candida puella
20	El verso
21	A un poeta
24	Beethoven
25	Cras Enim
26	A un árbol
27	Lo que dice el poeta
28	Irás sobre la vida de las cosas
30	A veces una hoja desprendida
31	Soñé en un verso...
32	Spleen
33	Vienes a mí
34	Busca en todas las cosas...
36	Psalle et sile
38	Cuando sepas hallar una sonrisa
40	Intus
41	Tuércelo el cuello al cisne
42	El sembrador de estrellas

43	Mañana los poetas
44	El árbol
48	La biblioteca
49	Voz del viento
51	La esfinge
53	Parábola del camino
55	Árbol muerto
57	Alma nueva
58	El jinete
60	La campana mística
62	La ley
64	Libros
65	¿Qué será mejor?
66	El sonido x
67	Hoja y canción
68	Noli me tangere
69	La mañana
70	Éste es mi testamento
71	Quid prodest?...
72	Elogio del soneto
73	Juana de Asbaje
78	[Respuesta a Alfonso Reyes]*

Enrique González Martínez: el búho expectante

YADIRA MUNGUÍA

Enrique González Martínez es un poeta cercano, entrañable, profundo, encarna la vida ilusoria del poeta por excelencia; amante de las musas, pero también de Atenea. Su obra literaria es una mezcla perfecta de arrebatado apolíneo, en veces dionisiaco, pero, sobre todo de profundidad atenagórica. Es un poeta cercano, porque su esencia aún pulula por las calles de nuestra ciudad, pero no de esta Guadalajara cosmopolita de grandes edificios, de excéntrica vida elitista, ruidosa y vacía, sino de aquella, la provinciana, de banquetas recién barridas, perfumadas de tierra mojada, la Guadalajara cálida y tradicionalista, de ancianos que se sentaban afuera de sus casas, rejuveneciendo sus ojos viendo jugar a los niños.

González Martínez nació un 13 de abril de 1871 en una calle que ahora lleva su nombre y que se encuentra en el corazón de la Perla Tapatía; aún se puede visitar el templo donde fue bautizado, y observar la fachada de la casa en la que nació, muy cercana al emblemático café Madoka, punto de reunión de escritores tapatíos. Desde temprana edad su tendencia fue

hacia las letras, estudió en la escuela de párvulos con las maestras Petra y Micaela Rodríguez; en la primaria compartió aulas con su padre, el profesor don José María González; más tarde entró al mismo tiempo al Seminario Conciliar y al Liceo de Varones del estado. Fue en esta época de preparatoriano, que inició su carrera literaria, pasión que no lo abandonaría en toda su vida. A la par que estudiaba medicina, trabajó en revistas literarias locales.

Al concluir su carrera, fue médico rural en un pequeño pueblo de Sinaloa llamado Mocorito, ambiente sin muchos sobresaltos, de vida tranquila y cotidiana, que le dio el tiempo necesario para colaborar en revistas y preparar sus primeros libros de poemas: *Preludios* en 1902, *Lirismos* 1907 y *Silenter* en 1909, inicio brillantísimo en el medio literario, más aún cuando lo hace, no en la capital, sino siendo un médico de pueblo, muy alejado de la ebullición literaria del inicio del siglo xx.

Es hasta 1911, con 40 años cumplidos, cuando se traslada a la Ciudad de México, en uno de los momentos más convulsos de nuestro país. Recordemos que apenas en 1910 había estallado la Revolución mexicana, movimiento de reacción popular en la que se pretendía la destitución del presidente-dictador Porfirio Díaz y derivó en problemáticas sociales, económicas y políticas que afectaron a México en su conjunto; sin duda, no era el mejor panorama para un poeta de provincia que quería establecerse en la gran ciudad. Sin

embargo, aunque el ambiente social no fuera el más favorable, el literario sí que lo era; flotaba en el aire la inspiración ignota del Modernismo, estaba en auge la poesía de Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, José Othón y Luis G. Urbina. El ambiente intelectual mexicano lucía también una pléyade de autores alrededor de la Academia Mexicana y el Ateneo de la Juventud. González Martínez fue acogido con entusiasmo por los poetas y escritores de su época. Es sorprendente ver la admiración y amistad que le profirieron sus colegas, opiniones que podemos leer en el *Homenaje del Colegio Nacional* que hace a su obra y en el que se incluyen los prólogos a sus escritos; este libro tan sentido y profundo debió conocerlo el mismo González Martínez, ya que se publicó en la conmemoración de su octogésimo aniversario en 1951; apenas un año después moría el poeta, un 19 de febrero.

Una vez en la capital, Enrique González Martínez inició a ver los frutos de su esfuerzo e inspiración, los empleos cercanos a las letras y lejanos a la medicina empiezan a proliferar, entre ellos podemos mencionar que, en 1911, es nombrado como miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua, ingresa al Ateneo de la Juventud y trabaja como editorialista en el diario *El imparcial*. Es en los años en que México pasaba una de sus más amargas estampas con la Revolución mexicana que nuestro poeta alcanza la cima de sus aspiraciones literarias y laborales, pues a la vez que sigue publicando

diversos poemarios y obras de otros géneros, dirige revistas, como *Argos* y *Pegaso*, en la que le hacen compañía Ramón López Velarde y Efrén Rebolledo.

En el ámbito laboral, don Enrique entra al mundo de la diplomacia y la política, siendo nombrado varias veces como Ministro plenipotenciario en diversos países como Argentina, Chile, España y Portugal. Durante este periodo, el poeta no decae en su vocación literaria, pues combina el trabajo diplomático con la creación artística. Conocemos los siguientes libros de esta época: *La muerte del cisne* y *Jardines de Francia* 1915, *El libro de la fuerza, la bondad y el ensueño* 1917, *La palabra del viento* 1921, y *Señales furtivas* 1925.

El año 1935 será de un cambio abrupto en la vida y obra de González Martínez, fatídico y glorioso, porque la muerte de su esposa y después, en el 39, la de su hijo Enrique González Rojo, también escritor, harán que las cuerdas de la lira del poeta se tornen funestas, graves, melancólicas, pero también más profundas, más llenas de un sentido de vida y pensamiento; sin duda de esta etapa son sus poemas mejor logrados.

La vejez a Enrique González le trae también reconocimientos académicos y una visión profunda y propia de sí mismo, lo vemos en su autobiografía *El hombre del búho*, publicada entre 1944 y 1951, un año antes de su muerte. Es en estos mismos tiempos que ingresa al Seminario de Cultura Mexicana y es miembro fundador de El Colegio Nacional, además de recibir el Premio de

Literatura Manuel Ávila Camacho; sin duda, merecidos reconocimientos a su extenuante y brillante labor.

Enrique González Martínez nació en vida y en obra en el seno del Modernismo, primera corriente literaria surgida de la vena poética de Latinoamérica. Fecundos y asombrosos, los poetas modernistas como Rubén Darío, Gutiérrez Nájera y Díaz Mirón, nos revelan un mundo cotidiano, pero mezclado con una lejanía extática y enérgica, sutiles extravagancias y mundos esmaltados por la belleza; rarezas que se volverán acartonadas a su juicio y a las cuales Enrique Martínez se opondrá vehemente.

Desde sus primeros libros, nuestro poeta se mostró sublime, siguió con la norma y el estilo poético de su tiempo, pero con una voz propia, acentos que sólo su lira –como la de Orfeo– era capaz de entonar. Su verbo goza de un ritmo especial, su música suena original e ignota en cada uno de sus versos, como una canción única y nunca terminada, pero que de la luminosidad torna al claroscuro y después a la penumbra profunda e ignota.

La poesía juvenil de González Martínez está llena de luz, de emoción por el mundo circundante, prevalece su amor por la naturaleza, con una visión franciscana y panteísta, resuena llena de música tonante y de formas literarias llenas de imágenes refulgentes casi sobrehumanas. Pero no por ser poemas efebos son carentes de profundidad, el pensamiento existencialista

que lo caracteriza ya asomaba atisbos desde temprano. Dice Agustín Basabe que: “Admiraba más la belleza del cisne que la sabiduría del búho; tomaba de la naturaleza tan solo las formas y los colores; pero un día sorprende el alma transparente de la vida; su pupila inquieta y avizora se clava en la sombra y se aguza su oído en el silencio”.

Será el poeta maduro, el de los años 30, el que alcanzará la plenitud del pensamiento, ese hombre del búho, será más búho que cisne y que ruiñeñor, cambiará del existencialismo a la reflexión metafísica, y se muestra más en ella en todos los sentidos. Una poesía casi filosófica. Siempre será él aunque en facetas, vemos la esencia del poeta en cada una de las sílabas de sus versos, se nos muestra tal cual era, de honda simpleza, de poética filosofía. Sin embargo, la dulzura y cadencia rítmica de sus poemas no se pierde, es el mismo canto, pero de notas más graves y profundas.

Enrique González Martínez alcanza, en la madurez, notas de gran altura; encarna al búho de Atenea al que tanto canta, pero es la obra poética de la vejez, la más profunda, donde el detalle filosófico se vuelve en un todo ontológico que se pierde de tan hondo. La cercanía de la muerte lo vuelve más pensador, pero también más cercano a la humanidad del sentimiento. Es en este momento en que logra una mayor aproximación con el lector, porque casi cualquiera se sentirá identificado con las delicadezas místicas y reflexivas de

sus últimos años. González Martínez logra sublimar el dolor y la muerte, y hacer de la muerte una sublimación del arte. Es por “esa filosofía, esos esbozos metafísicos, esas doradas neblinas panteístas, esos repentinos éxtasis y turbaciones de misticismo” nacidos “más que en la idea en el sentimiento”, como nos dice su entrañable amigo Luis G. Urbina, que González Martínez es considerado uno de nuestros más altos poetas mexicanos.

En este breve volumen se recogen algunos de los más bellos poemas de nuestro poeta jalisciense incluyendo uno o dos de cada uno de sus libros, por lo cual, podemos darnos cuenta del transcurso de estilo y pensamiento que vive el poeta a través de su experiencia vivencial y literaria. Será un viaje a la intimidad del gran poeta, pero también de la propia, pues su reflexión y sentimientos son universales y extraordinarios.

Candida puella

Tú cruzas por el mundo
como una dulce aparición fantástica,
preñado el rostro de candor sublime
y de ensueños purísimos el alma.

El suelo que tú pisas
lo toca apenas tu ligera planta;
sabes muy bien que el inviolado armiño
con la impureza terrenal se mancha.

Cuando miras al cielo,
sientes impulsos de tender alas,
las alas invisibles que escondidas
has de llevar bajo tu veste cándida.

¿Dónde he visto tu faz? ¿En la vidriera
de la vieja capilla abandonada?
¿En el nicho ojival de una madona
o en un coro de vírgenes extáticas?

El verso

No al verso injurie quien nació poeta
ni lamente su tiranía,
ni sostenga que al numen la armonía
con jaula de oro en su volar sujeta.

La inspiración, como veloz saeta,
hiende el espacio en su pasión bravía
y el verso nimba con eterno día
al genio altivo y a la musa inquieta.

Quien siente el soplo del divino fuego,
lanza su canto sin temor, y luego
del ritmo alado el esplendor conquista.

Sumiso el verso ante la experta mano,
es acero tenaz para el profano
y cera para el numen del artista.

A un poeta

¡Deja caer la amanerada lira
–ludibrio del amor, del arte mofa–
despierte ya la musa que te inspira
y cual rayo de luz surja la estrofa!

¿Dónde aprendiste el enfermizo canto
que lanzas como cisne moribundo?
¿Quién habla –dime– de morir en tanto
que el sol, el almo sol, incendia el mundo?

¿Buscas inspiración, te falta numen,
todo lo encuentras árido y sombrío,
y tus ansias tiritan y se entumen
como las aves al llegar el frío?

Que ¿no hay ideal para tu anhelo?
¿Todo es miseria, podredumbre y lodo?
¡Ve el campo, mira el mar, contempla el cielo:
allí hay belleza, inspiración y todo!

En cauce que le oprime y le sofoca,
el hondo río su caudal desata
y desde el filo de elevada roca
se desprende en inmensa catarata;

ostenta lujuriosa la ribera
floridas hierbas y tupida fronda,
y náyades de rubia cabellera
en el cristal se miran de la onda;

el ancho mar con ímpetu salvaje
azota las arenas de la orilla
y, a los rayos del sol, el oleaje
en mil penachos espumosos brilla.

Naturaleza por doquier ostenta
de inspiración el germen encendido
lo mismo en el fragor de la tormenta
que en el piar del pájaro en el nido.

Es pompa en la pradera de colores
armonía en los trinos del bosque,
perfume en los efluvios de las flores
y poema de luz en el celaje.

Del bosque milenario en la espesura,
finge rumores místicos el viento,
y el sol como una lámpara fulgura
en la bóveda azul del firmamento.

Después, huye la luz, viene la tarde,
se oculta el sol tras el lejano monte,
las nubes dora, y reverbera y arde
como incendio voraz el horizonte;

y cuando el ángel de la noche extiende
su dulce paz, su oscuridad discreta,
inspirado y feliz las alas tiende
al mundo de los sueños el poeta...

¡Deja el canto irrisorio y decadente,
ludibrio del amor, del arte mofa,
y del cristal de la castalia fuente,
como Venus del mar, surja la estrofa!

Beethoven

Al vendaval hirsuta la melena,
hosca la faz y la actitud bravía,
soñabas con eterna sinfonía,
gigante como el mar que nada enfrena.

Todo cantaste: la quietud serena
del lago azul, la claridad que envía
la triste luna, el esplendor del día,
la leda brisa, el huracán que atruena.

Con Buonarroti el inmortal coloso,
Dante el divino, Shakespeare poderoso,
formas la augusta encarnación del arte.

y es tan gloriosa tu altitud, que pienso
que fuera menester todo tu inmenso
soplo de inspiración para cantarte.

“A Beethoven” en sucesivas ediciones.

Cras Enim

Sacude la fatal melancolía,
que abruma tu cabeza soñadora,
¿No sabes que el amor como la aurora
se renueva triunfante cada día?

No es tiempo de rendirse a la sombría
pesadumbre cruel que te devora;
de tu boca divina y tentadora
hay quien pide los besos todavía.

Mientras la juventud –ensueño alado–
forme diademas para ornar tu frente,
y riegue flores para darte alfombras,

aspira los perfumes del pasado,
embriégate las glorías del presente
y deja el porvenir entre las sombras.

A un árbol

Columpia el rumoroso airón de tu follaje,
canta al pasar el céfiro, ruge si el noto cierra,
afiánzate en el firme regazo de la tierra,
sé a los aludes reto y al pájaro hospedaje.

Dale color y pompas al tétrico paisaje,
pasa el contorno vago de la empinada sierra,
y que la débil planta que a tu poder se aferra
te enfiore y te revista con opulento traje.

Yérquete como símbolo glorioso de la vida
y surjan de tu fronda selvática y tupida,
en aves y renuevos, matices y murmullos.

Haz que la savia ascienda vigorizando el brote
y sigue dando apoyo, cuando la racha azote,
a hiedras vacilantes y a jóvenes capullos.

[Suprimida en ediciones posteriores.]

Lo que dice el poeta

Llamando voy al ritmo y el ritmo no responde,
la idea se me escapa y el numen se rebela
y soy Colón iluso que en frágil carabela
bogando va sin brújula y sin saber a dónde.

En vano martirizo la mente porque ahonde
enigmas y misterios; en vano el alma vuela
de un astro persiguiendo la fugitiva estela...
¡El rastro se me pierde y el luminar se esconde!

Apágase del estro la llama engañadora
y el corazón en ansias se desespera y llora
de ver la lira torpe y el numen impotente;

mas los anhelos tornan con desusados bríos
y el rumoroso enjambre de los ensueños míos
vuelve a besar mis ojos y a acariciar mi frente.

[Suprimida en ediciones posteriores.]

Irás sobre la vida de las cosas

Irás sobre la vida de las cosas
con noble lentitud; que todo lleve
a tu sensorio luz: blancor de nieve,
azul de linfas o rubor de rosas.

Que todo deje en ti como una huella
misteriosa grabada intensamente;
lo mismo el soliloquio de la fuente
que el flébil parpadeo de la estrella.

Que asciendas a las cumbres solitarias
y allí, como arpa eólica, te azoten
los borrascosos vientos, y que broten
de tus cuerdas rugidos y plegarias.

Que esquives lo que ofusca y lo que asombra
al humano redil que abajo queda,
y que afines tu alma hasta que pueda
escuchar el silencio y ver la sombra.

Que te ames en ti mismo, de tal modo
compendiando tu ser cielo y abismo,
que sin desviar los ojos de ti mismo
puedan tus ojos contemplarlo todo.

Y que llegues, por fin, a la escondida
playa con tu minúsculo universo,
y que logres oír tu propio verso
en que palpita el alma de la vida.

A veces una hoja desprendida

A veces una hoja desprendida
de lo alto de los árboles, un lloro
de las ninfas que pasan un sonoro
trino de ruiseñor, turban mi vida.

Vuelven a mí medrosos y lejanos
suaves delirios, éxtasis supremos;
aquella estrella y yo nos conocemos,
ese árbol, esa flor son mis hermanos.

En el abismo del dolor penetra
mi espíritu, bucea, va hasta el fondo,
y es como un libro misterioso y hondo
en que puedo leer letra por letra.

Un ambiente sutil un aura triste
hacen correr mi silencioso llanto,
y soy como una nota de ese canto
doloroso de todo lo que existe.

Soñé en un verso...

Soñé en un verso vibrante y prócer, almo y sonoro,
diáfano y vasto como los mares que agita el viento,
y en cuyas calmas, si duerme dócil, el firmamento
refleja estrellas, lívidas lunas, soles de oro.

El verso púgil, que es como el eco de cien montañas,
que cruza selvas y enciende el alma con nobles iras,
que entre las hojas y los ramajes se forma liras
do suenan salmos, llores inmensos, voces extrañas...

Mas con crespones veló sus cuerdas la lira mía
y fue mi verso de una apagada melancolía
como los pasos que se deslizan sobre la alfombra,

como las linfas quietas y mudas de las cisternas,
como las aguas que lloran dentro de las cavernas,
sin horizontes, aprisionadas entre la sombra.

Spleen

Tarde gris; la llovizna golpea mi ventana
de codos en la mesa, mientras medito y fumo,
voy en las azuladas espirales del humo
proyectando recuerdos de mi vida lejana.

La caída monótona de la lluvia incesante
me condena a forzoso y lánguido mutismo
en el rústico albergue, y me encierro en mí mismo
mascullando memorias de todo lo distante.

De pronto, siento pasos, y una moza garrida
pone junto a los restos de mi frugal comida
el café borbotante que perfuma y humea.

La requiebro; se esquivo; alza como al descuido,
al trasponer la puerta, la orla del vestido;
vuelve el rostro y sonríe...

La lluvia tintinea.

Vienes a mí

Vienes a mí, te acercas y te anuncias
con tan leve rumor, que mi reposo
no turbas, y es un canto milagroso
cada una de las frases que pronuncias.

Vienes a mí, no tiemblas, no vacilas,
y hay al mirarnos atracción tan fuerte,
que lo olvidamos todo, vida y muerte,
suspensos en la luz de tus pupilas.

Y mi vida penetras y te siento
tan cerca de mi propio pensamiento
y hay en la posesión tan honda calma,

que interrogo al misterio en que me abismo
si somos dos reflejos de un ser mismo,
la doble encarnación de una sola alma.

Busca en todas las cosas...

Busca en todas las cosas un alma y un sentido
oculto; no te ciñas a la apariencia vana;
husmea, sigue el rastro de la verdad arcana,
escudriñante el ojo y aguzado el oído.

No seas como el necio, que al mirar la virgínea
imperfección del mármol que la arcilla aprisiona,
queda sordo a la entraña de la piedra, que entona
en recóndito ritmo la canción de la línea.

Ama todo lo grácil de la vida, la calma
de la flor que se mece, el color, el paisaje.
Ya sabrás poco a poco descifrar su lenguaje...
¡Oh divino coloquio de las cosas y el alma!

Hay en todos los seres una blanda sonrisa,
un dolor inefable o un misterio sombrío.
¿Sabes tú si son lágrimas las gotas de rocío?
¿Sabes tú qué secreto va contando la brisa?

Atan hebras sutiles a las cosas distantes;
al acento lejano corresponde otro acento.
¿Sabes tú donde lleva los suspiros el viento?
¿Sabes tú si son almas las estrellas errantes?

No desdeñes al pájaro de argentina garganta
que se queja en la tarde, que salmodia a la aurora.
Es una alma que canta y es un alma que llora...
¡Y sabrá por qué llora, y sabrá por qué canta!

Busca en todas las cosas el oculto sentido;
lo sabrás cuando logres comprender su lenguaje;
cuando escuches el alma colosal del paisaje
y los ayes lanzados por el árbol herido...

Psalle et sile

No turbar el silencio de la vida,
ésa es la ley... Y sosegadamente
llorar, si hay que llorar, como la fuente
escondida.

Quema a solas –¡a solas!– el incienso
de tu santa inquietud, y sueña, y sube
por la escala del sueño... Cada nube
fue desde el mar hasta el azul inmenso.

Y guarda la mirada
que divisaste en tu sendero –una
a manera de ráfaga de luna
que filtraba el tamiz de la enramada;
el perfume sutil de un misterioso
atardecer; la voz cuyo sonido
te murmuró mil cosas al oído;
el rojo luminoso
de una cumbre lejana;
la campana
que daba al viento su gemido vago...

La vida debe ser como un gran lago
cuajado al soplo de invernales brisas,
que lleva en su blancura sin rumores

las estelas de todas las sonrisas
y los surcos de todos los dolores.

Cada emoción sentida,
en lo más hondo de tu ser impresa
debe quedar, porque la ley es esa:
no turbar el silencio de la vida,
y sosegadamente
llorar, si hay que llorar, como la fuente
escondida...

Cuando sepas hallar una sonrisa

A Ricardo Arenales

Cuando sepas hallar una sonrisa
en la gota sutil que se rezuma
de las porosas piedras, en la bruma,
en el sol, en el ave y en la brisa;

cuando nada a tus ojos quede inerte,
ni informe, ni incoloro, ni lejano,
y penetres la vida y el arcano
del silencio, las sombras y la muerte;

cuando tiendas la vista a los diversos
rumbos del cosmos, y tu esfuerzo propio
sea como potente microscopio
que va hallando invisibles universos,

entonces en las flamas de la hoguera
de un amor infinito y sobrehumano,
como el santo de Asís, dirás hermano
al árbol, al celaje y a la fiera.

Sentirás en la inmensa muchedumbre
de seres y de cosas tu ser mismo;

serás todo pavor con el abismo
y serás todo orgullo con la cumbre.

Sacudirá tu amor el polvo infecto
que macula el blancor de la azucena,
bendecirás las márgenes de arena
y adorarás el vuelo del insecto;

y besarás el garfio del espino
y el sedeno ropaje de las dalias...
y quitarás piadoso tus sandalias
por no herir a las piedras del camino.

Intus

Te engañas, no has vivido... No basta que tus ojos
se abran como dos fuentes de piedad, que tus manos
se posen sobre todos los dolores humanos
ni que tus plantas crucen por todos los abrojos.

Te engañas, no has vivido mientras tu paso incierto
surque las lobregueces de tu interior a tientas;
mientras en un impulso de sembrador no sientas
fecundado tu espíritu, florecido tu huerto.

Hay que labrar tu campo, hay que vivir tu vida,
tener con mano firme la lámpara encendida
sobre la eterna sombra, sobre el eterno abismo...

Y callar... mas tan hondo, con tan profunda calma,
que absorto en la infinita soledad de ti mismo,
no escuches sino el vasto silencio de tu alma.

Tuércelo el cuello al cisne

Tuércelo el cuello al cisne de engañoso plumaje
que da su nota blanca al azul de la fuente;
él pasea su gracia no más, pero no siente
el alma de las cosas y la voz del paisaje.

Huye de toda forma y de todo lenguaje
que no vayan acordes con el ritmo latente
de la vida profunda... y adora intensamente
la vida, y que la vida comprenda tu homenaje.

Mira el búho sapiente... ése tiende sus alas
desde el Olimpo, deja el regazo de Palas
y posa en aquel árbol el vuelo taciturno...

Él no tiene la gracia del cisne, mas su inquieta
pupila, que se clava en la sombra, interpreta
el misterioso libro del silencio nocturno.

El sembrador de estrellas

Y pasarás, y al verte se dirán: “¿Qué camino
va siguiendo el sonámbulo?...” Desatento al murmullo
irás, al aire suelta la túnica de lino,
La túnica albeante de desdén y de orgullo.

Irán acompañándote apenas unas pocas
almas hechas de ensueño... Mas al fin de la selva,
al ver ante sus ojos el murallón de rocas,
dirán amedrentadas: “Esperemos que vuelva”.

Y treparás tú solo los agrietados senderos;
vendrá luego el fantástico desfile de paisajes,
y llegarás tú solo a descorrer celajes
allá donde las cumbres besan a los luceros.

Bajarás lentamente una noche de luna
enferma, de dolientes penumbras misteriosas,
sosteniendo tus manos y regando una a una,
con un gesto de dádiva, las lumínicas rosas.

Mañana los poetas

Mañana los poetas cantarán el divino
verso que no logramos entonar los de hoy;
nuevas constelaciones darán otro destino
a sus almas inquietas con un nuevo temblor.

Mañana los poetas seguirán su camino
absortos en ignota y extraña floración,
y al oír nuestro canto, con desdén repentino
echarán a los vientos nuestra vieja ilusión.

Y todo será inútil, y todo será en vano;
será el afán de siempre y el idéntico arcano
y la misma tiniebla dentro del corazón.

Y ante la eterna sombra que surge y se retira,
recogerán del polvo la abandonada lira
y cantarán con ella nuestra misma canción.

El árbol

Siempre solo,
que el verano lo arrulle, que el invierno lo ultraje,
aterido su tronco o en verdor su ramaje,
al través de los días de saña y de ternura,
él impone su vida enorme y soberana
a la llanura.

Ve las mismas praderas hace cien y cien años
y las mismas labores y los mismos rastros
los ojos ya cerrados por la muerte, los ojos
de ancianos que se fueron,
fibra por fibra vieron
fugarse su corteza y anudarse sus ramas.

Él presidió tranquilo y fuerte sus trabajos,
sobre su pie velludo les dio lecho musgoso
donde abrigar la siesta bajo el sol ardoroso
y brindó sombra pía
a los mozos de antaño que se amaron un día.

En vecinas aldeas, al rayar de la aurora,
se vaticina el tiempo que canta o llora;
él conoce el enigma de las nubes en vuelo,
del sol que refunfuña tras el brumoso cielo;

es el pasado en pie sobre la vega triste,
y cualquiera que sea el recuerdo clavado
que en su seno persiste,
cuando termina enero
la savia gloriosa circula y se derrama
en las yemas recientes, en el tronco, en la rama
—brazos que se retuercen, labios en crispatura—,
él arroja a los campos su gran grito que clama
a la vida futura.

Hebras de luz benigna y de lluvia clemente
préstanle ayuda y forman la trama del follaje,
contrae sus nudos y alisa su ramaje
y alza al vencido cielo más enhiesta la frente;
tan a lo lejos hurgan sus raíces porosas
que agotan largo trecho las tierras pantanosas,
y se detiene a ratos para ver asombrado
aquel trabajo mudo, profundo, encarnizado.

Mas para desplegar y reinar en su alteza
¡oh, los crueles inviernos, oh, las batallas duras!
las espadas de aire que rasgan la corteza,
el chocar de lo cierzos, la rabiosa ventisca.
las escarchas que fingen ásperas limaduras,
el odio desatado, en la contienda brava,
los granizos del este y las nieves del norte,
el hielo blanco y triste cuyo diente se clava
hasta la albura, el noto que las ramas desfibra

todo furor que tuerce, todo dolor que vibra,
sin que jamás pudiera

el fragor de la lucha apagar un instante
aquel anhelo insomne de su vida pujante
por alzarse más noble en cada primavera.

Cuando en octubre triunfa el oro en su follaje,
con paso largo aún, mas inseguro y lento,
he emprendido a menudo el prolongado viaje
hacia el árbol que cruzan otoño y el viento.

Cual gigante brasero de frondas y de llamas
se elevaba sereno bajo el cielo impasible,
y millares de espíritus entre sus ramazones
coreaban arrullos y entonaban canciones.

Yo iba hacia él, los ojos inundados de lumbre,
lo tocaban mis dedos, lo estrujaban mis manos,
sentía conmoverse su inmensa pesadumbre
en la tierra profunda,
con estremecimientos enormes, sobrehumanos.

Apoyaba en el árbol mi pecho jadeante
con un amor tan vivo, con un fervor tan hondo,
que su ritmo profundo y su fuerza incesante,
del corazón en ansias me llegaban al fondo.

Y me asociaba entonces a su vida amplia y bella,
formaba parte suya cual si fuera una rama.
Espléndido se erguía al sol como un ejemplo.
Yo amaba con más fuerza tierras, bosques y ríos
y la desnuda vega por do pasan las nubes;
yo me sentía firme y audaz contra la suerte,
mis brazos anhelaban estrechar el espacio;
el cuerpo era más ágil, el músculo más fuerte.

Grité: “la fuerza es santa;
es preciso que el hombre sepa grabar la planta
ruda sobre la senda del designio preciso.
Ella tiene la llave que guarda el paraíso
y es su mano púgil el franquear la puerta”.
Besé el tronco nudoso con viril energía,
y cuando ya la noche del cielo descendía,
me eché a correr sin rumbo por la campiña muerta,
llevado por las alas de un afán inconsciente,
con gritos que surgían del corazón demente.

La biblioteca

Como un añoso bosque era el recinto quieto.
Trece lámparas férreas, oblongas y espectrales
lanzaban noche y día sus luces sepulcrales
sobre los viejos libros henchidos de secreto.

Al penetrar sentíame tembloroso e inquieto;
me soñaba entre brumas y estertores mortales;
me tendían sus brazos trece blancos sitiales;
trece grandes retratos me lanzaban su reto.

Una noche a las doce, desde la alta ventana,
veía el bailoteo en la sombra lejana
del fugitivo duende que en el foso se agita;

cuando turbóse mi ánima y mis miembros temblaron;
trece campanillazos del péndulo sonaron
en el silencio horrible de la sala maldita.

Voz del viento

La canción que no clave
en la mitad del pecho
como dardo flamígero
un estremecimiento,
déjala que se vaya
en la fuga de un vuelo
como pájaro errante
que se mira de lejos;
déjala que se extinga,
sin el vibrar de un eco,
en la bruma, en la sombra
y el silencio.

En el fondo del alma
hay un lago de tersos
cristales, que simula
un misterioso espejo.
En la quietud del lago,
el milagroso verso,
cual davídica honda,
lanza el tiro certero,
y se agitan las aguas
en círculos concéntricos,
y muéstranse un instante

desde el profundo seno
todas las viejas cosas
guardadas por el tiempo:
ansias, lloros, sonrisas
y recuerdos.

Deja al cantar fecundo
el espíritu abierto;
quiebre las limpias ondas
la guija del hondero;
mas la voz que no clave
en la mitad del pecho
como dardo flamígero
un estremecimiento,
déjala que se vaya
en la fuga de un vuelo,
déjala que se extinga
sin el vibrar de un eco...

De la hora infecunda
ante el paso siniestro
en que la voz del alma
sólo es la voz del viento,
de tu morada íntima
cierra los aposentos
y oye no más el ritmo
del silencio.

La esfinge

Mientras que confundidas nuestras sombras en una,
vamos bajo el doliente amparo de la luna
por aquellos parajes donde tu alma y la mía
han llorado sus duelos en mansa compañía;
mientras en un ambiente de soledad discreta
dices “yo soy la amada y tú eres el poeta”,
y sientes que, buscándose por caminos diversos,
revuelan tus suspiros por donde van mis versos,
me clavas fijamente tus pupilas extrañas
y me ofreces en ellas tu espíritu... Te engañas;
mil veces has querido, por esta misma senda,
renovar en tus ojos la espiritual ofrenda;
mil veces de mi seno la pavorosa duda
interrogó; mil veces la esfinge quedó muda.
El alma humana, sola, tenebrosa y ambigua,
se esconde y escabulle; es como un arca antigua
forjada en los talleres del misterio; quién sabe
en qué lejanos tiempos se ha perdido la llave;
quién sabe a dónde ha ido a parar; en el mundo
nadie aclaró del alma el enigma profundo.
Nuestros cuerpos amantes se fundirán en una
caricia que protege el claror de la luna;
nuestros ojos sedientos se buscarán en vano...
¡Serán siempre un arcano enfrente de otro arcano!

La ingenuidad se esquivo por sendas engañosas
y un antifaz encubre las almas y las cosas.
Yo, como tú, pretendo allegarme a la vida
con un amor sin límites; penetrar la escondida
entraña de los seres; quebrantar el obstáculo
que oculta a nuestros ojos el divino espectáculo
de la verdad augusta... Y es inútil empeño;
siempre estarán distantes la vida y nuestro sueño.
Tus ojos que me besan y tu voz que me nombra
no podrán ofrecerme sino la vana sombra
de un alma que tú misma desconoces; y un día
sabrás que no soy tuyo ni tú puedes ser mía.
Tras anhelo imposible, nuestras almas errantes
se verán desde lejos como dos caminantes.
En su vaivén eterno, juegan al escondite
las almas de los hombres; y la vida permite
tan sólo que la luna, en su piedad secreta,
haga de nuestras almas una misma silueta...

Parábola del camino

A Esteban Flores

La vida es un camino...
Sobre rápido tren va un peregrino
salvando montes; otro va despacio
y a pie; siente la hierba, ve el espacio...
Y ambos siguen idéntico destino.

A los frívolos ojos del primero
pasa el desfile raudo de las cosas
que se velan y esfuman. El viajero
segundo bebe el alma de las rosas
y escucha las palabras del sendero.
De noche, el uno duerme en inconsciente
e infecundo sopor; el tren resbala
fácil sobre el talud de la pendiente,
y el viajero no siente
que en la campiña pródiga se exhala
un concierto de aromas...

El prudente
que marcha a pie, reposa bajo el ala
de un gran ensueño, y trepa por la escala
excelsa de Jacob. Cuando el Oriente
clarea, se echa a andar, pero señala
el sitio aquel en que posó la frente.

Ambos llegan al término postrero;
mas no sabe el primero
qué vio, qué oyó; su espíritu desnudo
de toda adoración se encuentra mudo.

El otro peregrino recuerda cada voz, cada celaje,
y guarda los encantos del paisaje.
Y los hombres lo cercan, porque vino
a traer una nueva en su lenguaje
y hay en su acento un hálito divino...
Es como Ulises: hizo un bello viaje
y lo cuenta al final de su destino...

Porque la vida humana es un camino.

Árbol muerto

Sucumbe un árbol y la tierra llora...
Hacha impaciente la herirá mañana
al cómplice mutismo de la aurora.

Buscarán el calor de una cercana
fronda vernal los armoniosos vuelos
con una absurda indiferencia humana.

Astillas juntarán los pequeñuelos
que jugaron enantes a la sombra
frente al azul ambiguo de los cielos.

Lacerto gris, a quien la ruina asombra,
la grieta dejará del carcomido
leño que yace en la materna alfombra.

Frívolo manantial irá escondido
a perderse en los musgos de la vera,
sin el noble holocausto de un gemido.

Cruzará por la muda sementera el
tardo buey, esquivo a las congojas
del que descanso a sus fatigas era.

Los amantes de ayer, entre las rojas
lumbres de ocaso, bajo un árbol vivo
mirarán el reverso, de las hojas.

El búho tornará con su furtivo,
vuelo crepuscular, y en otra rama
posará su silencio pensativo...

Sólo de noche, cuando ya la flama
del enjambre estelar clave en la tierra
su simbólico azul, bajo la grama,

en el seno recóndito que encierra
ansia vital de gérmenes oscuros,
el llanto misterioso de la tierra
incubará los árboles futuros.

Alma nueva

Ya refrené mis ansias de conocerlo todo...
Hoy gusto de ir sin brújula, extraviado el camino,
con la frente a los cierzos y los pies en el lodo;
sin brújula y a tientas,
sin rumbo ni destino,
ignorando qué auroras, sin saber qué tormentas
me depara el misterio vespertino.

Mas quiero sentir todo a manera de un vasto
corazón en mitad del universo,
mientras, allá en el fondo de mi vida, en el casto
silencio de la noche, se oye la voz de un verso...

Y sentir que mi pecho, donde caben
tantas contradicciones misteriosas,
palpita de emoción... Como las rosas
que a todo tiemblan, y que nada saben.

Titulo original “Ya refrené mis ansias”

El jinete

Sobre el corcel de la leyenda
vas galopando por la senda
al matutino resplandor;
mas por mirar hacia delante
no te das cuenta, caminante,
de que en la grupa va el dolor.

Vas extendiendo tus conquistas
hacia regiones nunca vistas,
bravía selva y campo en flor...
Mas bajo el sol que reverbera
en la mitad de su carrera,
sigue a las ancas el dolor.

A las orillas del remanso
claro y azul, quieres descanso
bajo el bochorno abrasador;
pero a la bestia que jadea,
en los ijares espolea
el acicate del dolor.

Y cuando al fin de la aventura
caiga tu fiel cabalgadura
de las estrellas al fulgor,

víctima triste de tu empeño,
has de dormir tu primer sueño
entre los brazos del dolor.

La campana mística

Tañía la campana,
tañía la campana
dilatando en los aires el profético son;
y en un mundo vacío, de soledad arcana,
estábamos tan sólo la voz de la campana
y yo.

Enmudeció la vida, y se calló el estruendo
del mar,
y el son de la campana fue creciendo y creciendo,
y llenaba los ámbitos el clamor estupendo,
y era yo de los hombres el llamado a escuchar.

Ante la voz aquella desfalleció el sentido;
en ceguedad los ojos cerrándose a la luz,
y apenas en mi oído
aleteaba el alma secreta del sonido
en concéntricas ondas de una rara virtud.

Y la voz repoblaba los silencios del mundo,
y el hermético origen del inaudito son
me parecía a veces que estaba en el profundo
abismo de mi propio corazón.

Tañía la campana, y el son iba diciendo
las cosas de hace siglos y las que han de pasar;
y enmudeció la vida, y se calló el estruendo
del mar.

El son de la campana fue creciendo y creciendo...
¡Y era yo de los hombres el llamado a escuchar!...

La ley

Yo digo: “Esta es mi ley y éste es mi rumbo”;
y pienso que voy recto a mi destino.
Pero cada incidente del camino
hace torcer mis pasos y sucumbo
a cada tumbo
y a cada trino...

Ayer no más, mientras el alma entera,
ya desprendida de las cosas, era
una contemplación solemne y santa,
un himno puro y una viva hoguera,
llegó aquel beso, y la cobarde planta
quedó inmóvil, clavada y prisionera...
Ha transcurrido el día y no adelanta
la carrera...

El tiempo huye y parará la hora;
mas el alma incansable se desvía
a cada flor, a cada melodía,
y anda y desanda su camino... Ahora
aguarda un nuevo día...

Y como la avidez va fustigada,
como la tentación cambia de nombre,

ya ni la vida ni la muerte, nada
trocaré por mi orgullo de ser hombre.
Esta es mi ley...
Que siga la jornada...

Libros

¡Aburrido espectáculo
de libros hacinados en las estanterías
como en un venerable tabernáculo,
y a los que tantas veces en los aciagos días
pedimos el secreto del oráculo
sin lograr otra cosa que respuestas vacías!...

En un sueño de plomo
dormita ahora su caudal exiguo
de notas falsas y de texto ambiguo,
y al pasarles la mano por el lomo,
nos parecen las prendas de algún amor antiguo
que en un día se nos fue sin saber cómo...

¿Qué será mejor?

¿Qué será mejor?

¿Blandir en la mano siempre una saeta
y clavarla en el disco del sol?

¿Tener fuerte el músculo, certera la vista
y el golpe veloz?

¿Hincar una antena sobre la montaña
y captar las voces de la creación?

¿Oír los mensajes de la propia vida
y ser ritmo y sangre como un corazón?...

¿O bajar los brazos por no herir a nadie,
ser sordo al rumor

del arroyo, del viento, del trino,
y cerrar los ojos, cansados de sol?...

¿Qué será mejor?...

El sonido x

El día que yo logre dar un consonante
a la fuente purificada
en el filtro divino y perenne
de la montaña;
el día en que yo pueda
armonizar el eco de una fragancia;
el día que yo atine
con un acorde de luna en el agua;
el día que yo acierte con la sinfonía
del sol en la playa;
el día en que mi vida
sea como un arpa
muda y trémula
que acompañe al silencio que pasa,
¡cómo maldeciré de vosotras,
traicioneras y viles palabras!...

Hoja y canción

Esa hoja se lleva mi esperanza
y una canción alegra mi camino.
Y siempre así: contradicción, mudanza.
Cada hora que avanza
tuerce mi rumbo y cambia mi destino.
Una hoja se lleva mi esperanza
y una canción alegra mi camino.

14 de abril de 1941

Noli me tangere

No me toques el alma,
porque la estrujarían
tus manos indolentes
y finas...

No repitas mis cantos
que escribí en la sombra
noche para mí solo
y a hurtadillas...

No te asomes al fondo
de mi vida...
Por mucho que atisbes, hallarás la sombra
de un enigma.

Siénteme a la distancia,
como una voz antigua
que al llorar, si es que llora,
no se escucha a sí misma...

No me toques el alma,
porque la estrujarías...

La mañana

¡Qué mañana más honda
de sol, de azul, de claridad!...
¡Parece que la vida es como un globo inmenso
de irisado cristal
en cuyo centro el alma está temblando
de ansia de ver y fiebre de esperar!...

Parece que la tierra y que los cielos
son como un don cordial
que nos compensa de las tenebrosas
horas del mal...
Se siente que la vida es como madre
que nos llega y se nos da,
diciendo al entregársenos en un beso absoluto:
“¡Toma y no llores más!...”

Éste es mi testamento

Todo lo que en mis años no fue mío
–mío como mi sangre– lo confío
a las plumas erráticas del viento.

Con él vaya la hora
de lámpara extinguida, cuando el alma
confundi6 la indolencia con la calma
y no vio la llegada de la aurora.

Yo lego mi canción al que me siga
en el viaje sin rumbo; mi tortura
interior, a quien dije mi locura.
(Tú lo sabes muy bien ¡oh dulce amiga!)

Mis sueños van a la distante esfera
donde hay quien los comparte y quien me espera.

Vayan al sueño –que me dio su encanto,
y su fuerza, y su olor, y el don del canto,
y los frutos del árbol consumidos–
mis miembros, ya vencidos,
y las risas, y el llanto,
y el quintuple balar de mis sentidos...

Quid prodest?...

¿Qué me vale el dolor si no hay enmienda?
¿Qué, si no me levanto, la caída?
¿Qué el abrojo en la frente, si la herida
resuda sangre al arrancar la venda?

¿Qué vale cabalgar sobre la senda
si hay que volver al punto de partida?
¿Qué dar alas al potro de la vida
si hay un pavor que tira de la rienda?

Codicio el bien, y cuando ya lo toco,
ni el don alcanzo ni el esfuerzo dura
y deseando el camino poco a poco.

¿Qué valen el vaivén y la tortura
si escapo del suplicio de estar loco
y retorno al cubil de mi locura?

13 de febrero de 1946

Elogio del soneto

A Gilberto Garrido

Divina jaula de catorce rejas
que guardas, al capricho de la hora,
de alondra matinal risas de aurora
o de nocturno ruiñeñor las quejas,

cómo en tu breve máquina reflejas
del caracol la pequeñez sonora,
pues simulas el céfiro que llora
o al mar embravecido te asemejas.

En tu prisión hermética no cabe
el desbordado acento que no sabe
mecer el ritmo y dominar la altura.

Milagroso crisol y molde vivo,
compendias el aliento fugitivo
y lo hace voz que eternamente dura.

19 de enero de 1948

Juana de Asbaje

I

Pueritia

Orto precoz en lago diamantino,
alondra que emplumece y aletea,
ojo que en fiebre de visión otea
la rosa de los vientos del camino,
connubio de lo humano y lo divino
anunciador de mística tarea,
santa avidez que todo lo desea,
alta misión que acepta su destino.
Milagro de niñez que no rehúsa
pisar abrojos, sed que no se sacia,
arte que brota de la ciencia infusa,
testa real de fina aristocracia
en que el gran sacerdocio de la musa
su crisma vierte en donación de gracia.

II

Alma Juventus

Canto y amor en la belleza suma,
mundana tentación y casto freno,
lumbre que extingue el manatíal sereno
que corre por los rasagos de la pluma.
Mano presta a impedir que se consuma
en llama torpe el anhelante seno,
salto del blanco pie que esquivo el cieno
y en praderas de nardo se perfuma.
Verso prócer que en lirás se derrama,
concepto que suaviza y embalsama
la pasión que en el pecho se arrinconó;
frente henchida de ensueño y poesía
que el *cordobés* divino ceñiría
de lauros por herencia y por corona.

III

Solicitud

Fuga del mundo, sol que se retira
en plena aurora a repentino ocaso,
ligera corza que detiene el paso

cuando los riesgos de la trampa mira.
Noches de soledad en que suspira
el alma en oración, noches que acaso
brindan de nuevo el ponzoñoso vaso
de un mal amor o de una azul mentira.

Horas insomnes en que pena y lloro
se pierden a la vista del tesoro
de la vida interior que se revela.
Duerme la grey en pesadez nocturna,
y al amparo de celda taciturna,
palpita una inquietud y un alma vela.

IV

Mors

¿Paz en la reclusión? Llama tardía
cubre el pincel de calma y de recato.
¿El falaz argumento del retrato
disfraza de colores la agonía?
¿Qué narra con su grácil armonía
la noble faz? ¿Recela su arrebató
aquel mirar? ¿Qué móvil insensato
se atreve a descorrer la celosía?
El bronce conventual, que toca a muerto,

traspasa el corazón que está despierto
a todo amor, a toda desventura.
Caridad sin flaqueza y sin estorbo...
Y el grácil cuerpo que contagia el morbo
se rinde en brazos de la paz segura.

V

Gloria

Abeja por el arte y por la vida,
arte sin par y vida misteriosa,
acendra miel del cáliz de la rosa
entre pétalos y hojas escondida.
Pero la gloria asalta la guarida
en que su vuelo lírico reposa,
mientras la hispana fuente rumorosa
mengua el caudal y la canción olvida.
Lope, Quevedo, Góngora... Lejana
suena la triple voz: en Félix, pura,
grave en Francisco, y en don Luis, galana.
El eco va a morir; mas por ventura,
en la voz de la monja mexicana
el son antiguo se renueva y dura.

VI

Laus Tibi

Nuestro loor a ti, Juana de Asbaje,
Juana Inés de la Cruz, doble persona
para ceñir la dúplica corona,
culto de amor y prez de vasallaje.
Sabia y santa a la vez, va tu mensaje
salvando siglos, y de zona en zona
tu verso canta, tu decir razona,
y eres el par el alma y el paisaje.

Riego lustral y caudalosa fuente,
te bendicen el surco y la simiente
que dan su flor en memorable día.
Tu contrastada luz es en la altura
nimbo de paz y llama que fulgura,
luna de ensueño y sol de poesía.

[Respuesta a Alfonso Reyes]*

La letra mata y el hablar traiciona;
detrás de la canción vive el engaño.
Alfonso, ya lo ves: ¡error tamaño
en tu clara y helénica persona!

El freudiano deseo se arrincona
y sale a la luz, para vergüenza o daño,
como lobo en las filas del rebaño
o batracio en las fuentes de Helicon.

Cuando quieres lograr “gustoso asiento”,
¿por qué extrañar que la palabra asuma
el disfraz del oculto pensamiento?

El ambiguo favor, envuelto en bruma,
más que la rima lo pidió el intento,
¡más lo pidió la mano que la pluma!

**Sin darme cuenta de lo que decía
y en un instante de atolondramiento
dije a una mujer que yo quería:
—¿Cuándo me brindas el gustoso asiento?
Y contestó la muy señora mía:
—¿Por quién me toma usted? Dudé un momento;*

*pude rectificar la tontería,
pero no me dejó mi engreimiento.
Y se acabó un amor por un descuido.
¡Ay, Enrique admirado y tan querido!
Yo quería implorar: –Dame reposo,
dame serenidad y confianza...
No conté con el Diablo y su asechanza
ni con que soy un tanto candoroso.*

Alfonso Reyes
29/IV/95



**Enrique
González
Martínez**

Poesía selecta

se terminó de editar en noviembre de
2017 en las oficinas de la Editorial
Universitaria, José Bonifacio Andrada
2679, Lomas de Guevara, 44657
Guadalajara, Jalisco

Jorge Orendáin
Cuidado editorial

Paola E. Vázquez Murillo
Diseño y diagramación